

» es una ciudad, y los que la rodean exclaman de continuo: No hay mas Dios que Dios, y los que están dentro contestan: Es sabido que no hay mas Dios que Dios. Esta ciudad es la puerta de las puertas, y todo el que entra ó sale repite sin cesar las mismas palabras.

» Entonces me prosterné; despues, levantando la cabeza ví que mi compañero habia depositado su alma en manos del Criador. » Afligíme vivamente, y cuando referí al jeque lo que habia sucedido, me dijo, que elevar y derribar á los soberanos, conceder los reinos á quien fuese digno, quitarlos á los indignos, pertenecía á los verdaderos adoradores, agentes de Dios; que cada país tiene su santo patrono, el cual recibe su mision del iman de los polos, y en tanto que él sostiene al monarca, el país florece; en el caso contrario decae. Mientras existe el custodio, el Estado prospera; si le es arrebatado, declina y no tarda en verse abatido, á ménos que al primer patrono sustituya otro. « El hombre » Dios, á quien estaba confiado el reino de Kaisar (1), ha muerto este año, y por eso habéis alcanzado contra él una victoria fácil. » Tomé esto como un aviso de que mi turno no tardaría en llegar. Conservé, no obstante, la esperanza de que sería ó nombraría otro patrono que ocupase el puesto de mi santo protector, ya difunto. Regalé al jeque cuatrocientos prisioneros de la Natolia para asegurarme su intercesion. »

Todo este pasaje se refiere á una creencia de los sofis, segun la cual el gobierno del mundo está confiado á los cuatrocientos mil *Beli*, ó amigos de la Divinidad, formando diferentes órdenes: apénas falta uno, cuando es reemplazado por otro de orden inferior. Al frente de estos ministros de la Providencia está el *polo de los polos*, ó sea el socorro; siguen despues los dos polos ó imanes; luego los cuatro sostenes ó quicios, y así sucesivamente. « Gracias » á Dios (dice en otro lugar el conquistador), » desde la edad de nueve años hasta la de setenta y uno, nunca he comido solo, nunca he salido sin la compañía de un amigo; nunca me he puesto vestidos nuevos sin que me los quitase para darlos á mis camaradas, y cualquiera cosa que me pidiesen, léjos de negársela, jamas aguardé á que recurriesen á humillantes instancias para concedérsela (2). »

Tamerlan habia dejado por su testamento el poder supremo á Pir-Mahommed-Geangir; pero habiendo entrado la discordia entre sus descendientes, Geangir fué arrojado del trono por el otro nieto Khal-sultan, y se fraccionó el imperio: En el país situado entre el Djaik, el

(1) El imperio otomano.

(2) Otros varios príncipes de Oriente escribieron su vida. Conocemos en Europa la del jeque Mohammed Ali Hazin (publicada por Belfour, Londres, 1831), que nació en 1692; las Memorias privadas de Tezkeret Alwakiat, escritas por uno de sus confidentes, y traducidas por Carlos Stewart (ivi 1832); las de Zair Eddin Mohammed Baber, emperador del Indostan, escritas por el mismo, y traducidas al inglés por G. Erskine (ivi 1826).

Siun y los montes Kunen-lu y Tang-nu, que habia dejado de pertenecer á su descendencia desde el año 1408, se formaron los Estados independientes de los Usbekos nómadas, de los Mogoles Elutos ó Calmucos, y los Kanatos gengiskánidas de Kamil, Kotar y Casgar. La Georgia recobró su independencia; en la India de este lado del Ganges, un príncipe afgan fundó el reino de Multan (1412), otro el imperio de Delhi (1450), del cual eran tributarios los reinos mogoles de Cachemira y de Sindi. Los sultanes Borgitas de Egipto sometieron la Siria hasta el Eufrates y el Cidno, y parte de la Arabia hasta el Trópico. Samarcanda siguió siendo la residencia del principal Estado de los Mogoles, que comprendia la Bukaria (*Sogtianos y Mesagetas*) y el Korassan (*Bactriana Hircania*): en el Kapchak se restableció el kanato á favor de la línea de Tuschí; pero despojado de su antiguo poder, se dividió pronto en cuatro kanatos: el de Crimea ó de la Puerta de Oro (*Perekop*), que en 1470 se sometió á la Puerta Otomana; el de Casan y el de Astrakan, que llegaron á ser tributarios de la Rusia, como tambien despues el de Turuff en Siberia.

Kara-Yusuf, jefe de los Turcomanos del Carnero Negro (1380-1406), habiendo expulsado á los hijos de Tamerlan, dió fin á la dinastía de los Ilkanos, cuya capital era Bagdad; quitó algunos dominios á los Turcomanos del Carnero Blanco, que se mantuvieron sin embargo en posesion del Diarbekir y la Armenia Inferior, y conquistó la Mesopotamia, el Irak árabe y parte de la Armenia. Los príncipes de su familia se repartieron los Estados, y continuaron en guerra hasta que Geangir (1435) los reunió, añadiendo parte de la Persia ó del Kerman. Pero Usum-Cassan, jefe de los Turcomanos del Carnero Blanco (1468-78), le venció, y ocupó todas las posesiones del Carnero Negro, el Khorassan y la Persia, de suerte que su dominacion se extendió á todos los países situados entre el Cáucaso, el Tauro, el Eufrates, el Djun Inferior, el Elmend y el mar de Oman. Sucedíase, pues, los imperios á los imperios, sin quedar de ellos mas que ruinas.

La irrupcion de Tamerlan en la India obligó á salir de allí á los Zingaros ó gitanos. Ningun punto ha sido objeto de mas disputas que la existencia de esta poblacion miserable, esparcida por todo el mundo hace tantos siglos, sin haber cambiado de carácter ni de costumbres. En el país de los Maratas se les encuentra todavía unidos en tribus, y así su lengua como su fisonomía revela que son originarios de la India, donde en efecto se llama Zingaros á los infimos de los Parias. Cuando Tamerlan trastornó aquel país, las tres castas superiores padecieron, pero sin separarse del suelo natal; por el contrario, los Indios de las castas inferiores abandonaron la patria, que no tenia para ellos mas que miserias, y siguiendo las huellas de los Mogoles como espías ó merodeadores, se extendieron por los países conquistados. Algunos se dirigie-

Carnero Negro y Carnero Blanco.

Zingaros.

ron hácia Oriente, y aun axisten en las costas del Malabar, viviendo como piratas. Otros anduvieron errantes por la Persia y el Turkestan; algunos, impulsados probablemente por los Otomanos, tomaron el camino de Europa, donde aparecieron en Moldavia y Valaquia el año 1417; en Suiza, en 1418; en Italia, en 1422; en Francia, en 1427: haciéndose pasar por originarios del Bajo Egipto, añadiendo, que Dios habia reducido á la esterilidad su país, porque sus abuelos negaron un asilo á María cuando huyó con el niño Jesus ó bien que el papa Martin, en castigo de su apostasia, los habia condenado á andar errantes durante siete años sin tocar un lecho, ordenando á todo mitrado darles seis libras tornesas. No se les quiso recibir en Paris; pero se les colocó cerca de San Dionisio, donde la curiosidad atraía una multitud de personas, y ellos observando las manos, decian la buena ventura. Expulsólos el obispo; pero continuaron vagando por el reino, á pesar del decreto de Francisco I, desterrándolos, bajo pena de galeras. Esta amenaza fué reiterada varias veces, hasta que se mandó poner la cadena, sin mas forma de proceso, á todos los que se cogiesen.

El nombre de *Zingaros* (1) es el que mas generalmente se les da. Los Daneses y los Suecos los llaman *Tártaros*, los Ingleses *Egipcios* (*Gypsies*); los Franceses *Bohemos*; los Arabes *Aramis*, es decir, ladrones; los Húngaros *Pharaohnepek*, ó pueblo de Faraon; los Holandeses *Heidenen*, ó idólatras; los Españoles *gitanos*, ó maliciosos. Fueron desterrados de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII (1531) y de Isabel; Carlos V los desterró, de Alemania (1540), pero inútilmente. Algunos se establecieron de fijo en la Gran Bretaña, y mas aun en la Transilvania, la Valaquia, la Lituania y las provincias del Cáucaso, abandonando la vida nómada, si bien aparte de toda sociedad civil (2). Jose II, y una sociedad inglesa, emprendieron civilizarlos, en lugar de perseguirlos. El único país de Europa en que se encuentran reunidos en algun número es España que, despues de haber expulsado á los Moros y á los Judíos industrioses, no han podido desembarazarse de estos huéspedes ociosos y repugnantes. En vano Fernando el Católico los desterró en 1492, en vano un siglo despues, el concilio de Tarragona los proscribió de nuevo: en la llanura de Granada y en las áridas montañas que la rodean, por la parte que hace frente á la Alhambra, hay una multitud de grutas, semejantes á madrigueras, defendidas por espinosos nopales; allí viven cincuenta mil gitanos vendiendo higos, fabricando cuerdas y esteras de junco y de pita, buscando oro en las arenas del Darro, engañando en el precio de los animales que venden

(1) *Hind-kales*, Indios negros? Véase á CARLOS POUGENS, *Trésor de l'origine de la langue française*.

(2) Se pretende que hay 50,000 Gitanos en España; 54,000 en Hungría; 104,000 en Transilvania; en todo 1.000,000 en Europa; 400,000 en Africa; 20,000 en la Oceanía; 1.500,000 en la India; 2.000,000 en los demas países del Asia; en América no parece que existen.

y compran. Prefiriendo el robo á la limosna, se aprovechan de todas las perversas inclinaciones de la humanidad, dicen la buena ventura, roban niños, estimulan la avaricia y el libertinaje, sirven en las intrigas amorosas, prestan ayuda al fraude, á los asesinos. Solo dos buenas cualidades los distinguen: la modestia femenil, á lo ménos con relacion á los extranjeros, cosa apénas creible con tal abandono de la moral (1), y el amor á la familia, en cuyo seno se refugia la mujer pura y afectuosa despues de haber empleado el día en robar, engañar, fomentar la lubricidad y facilitar la licencia. El mundo los desprecia, y colocándolos fuera de la ley civil, empeora su condicion en vez de dedicarse á recobrar tan gran número de hermanos.

CAPÍTULO IV

Fin del imperio de Oriente. — Mahomet II.

El imperio griego se estremeció de gozo al presenciar aquellas terribles vicisitudes que retardaban algunos días su muerte. Todo el mundo estaba en movimiento; los sucesores de Constantino eran los únicos que permanecian estacionarios, mirando con desden el cambio de ideas y de costumbres que se verificaba á la sazón. Las Cruzadas los obligaron á dirigir la atencion á los Francos; pero fué con un sentimiento de odio y desprecio, sin aprender nada de ellos, y sin emplear mas que la astucia y la traicion. La aproximacion de los Otomanos, su comun enemigo, los indujo á recurrir al Occidente, y ¡cosa inaudita! Juan Paleólogo se encaminó á Roma en clase de suplicante; pero desnudo de virtud, de dignidad, de valor, ¿cómo habia de representar convicciones profundas? Acabamos de ver á Manuel, á instancias del mariscal de Boucicaut, dirigirse á Europa seguido de una fama que le habian merecido, no los innobles manejos de su padre, sino su actividad, penetracion, abnegacion personal y los esfuerzos con que reanimó un imperio agonizante.

Dejó al príncipe de Selimbria, su sobrino, el reino, esto es, el recinto de Constantinopla, y para defenderlo cien hombres de armas francos, otros tantos escuderos y algunos ballesteros. Pasó por Venecia á Milan, desde donde marchó á Paris, y allí fué acogido honrosamente por Carlos VI, que hasta le asignó una pensión. Visitó tambien á Londres; pero no sacó de su viaje el fruto que aguardaba, tanto mas cuanto

(1) Sin embargo, esto no sucede sino entre los gitanos españoles; porque en todas las demas partes, la prostitucion es un tráfico, y los matrimonios mixtos un uso constante. La obra mas completa acerca del modo de vivir de los Zingaros, es *The zineali or an Account of the Gypsies of Spain* (Londres, 1841, 2 tom.) del señor Borrow, agente de la sociedad bíblica de Londres, que pasó la vida observándolos para mejorarlos. Los indujo á traducir trozos del Evangelio, y logró reunir todo el de San Lucas, que imprimió en Madrid en 1838; pero los Zingaros no vieron en él mas que un talisman que llevan consigo cuando van á robar.

que en lugar de unirse á la Iglesia Latina, escribía contra ella. Volvió á Constantinopla poco despues de la batalla de Ancira, y habiendo destituido á su sobrino, á quien no sostenia ya Bayaceto, le desterró á Lémnos. Si hubiese tenido mas energía, se hubiera podido aprovechar del desastre de los Otomanos, y de la discordia que se prolongó durante diez años entre los hijos de Bayaceto. En vez de obrar así, tomó sucesivamente partido por estos príncipes, hasta que la muerte de los otros dejó el poder enteramente en manos de Mahomet I.

1402. Es contado este entre los mejores reyes para Turco, y fué tan amigo de Manuel, que le confió al morir la tutela de sus hijos. Concluyó las mezquitas de Adrianópolis y de Brusa, y en esta última ciudad fundó otra riquísima llamada *Jeschil imaret* (establecimiento verde de beneficencia), cuyas paredes están cubiertas exteriormente de mármoles, formando escaques de varios colores; en la puerta se emplearon tres años y cuarenta mil cequíes. En lo interior brilla por todas partes la porcelana, con versículos del Coran en oro con fondo azul. Cerca está el mausoleo de Mahomet, revestido de porcelana por dentro y por fuera, con una escuela y una cocina para los pobres; obras que rivalizan con el púlpito de Sinope y la puerta de la academia de Sivas. Fué el primer sultan que envió con la caravana socorros á los pobres de la Mecca, y que favoreció las letras.

Bedreddin de Simau, juez docto del ejército de Mahomet, meditó una revolucion por medio de una nueva doctrina, y eligió por apóstoles al Turco Börekludje Mustafá y á Kemali-Ubdin, Judío renegado. Predicaban la pobreza, la igualdad, la comunidad de todas las cosas, excepto de las mujeres; diciendo que se debian considerar como adoradores de Dios hasta los Cristianos, á quienes querian conciliarse de esta manera con objeto de separar á los Griegos del príncipe otomano. Un ejército formado de sus sectarios derrotó las primeras tropas que les opuso Mahomet; pero su hijo Amurátes II ahogó en sangre aquel movimiento é hizo crucificar á Mustafá, no salvando tampoco á Bedreddin su dignidad ni su doctrina. Única revolucion otomana que se intentó por motivos de reforma religiosa, hasta la de los wahabitas.

Amurátes II, príncipe justo y á veces generoso, quiso proteger á sus hermanos, conducta diferente de la que observan por lo comun los sultanes. Manuel II presentó entónces á uno que pretendia ser Mustafá, hijo de Bayaceto, que habia desaparecido en Ancira. Este, favorecido por las reiteradas deserciones, causó algun temor á Amurátes, hasta que el sultan, ayudado por los Genoveses de Focea, le venció y ahorcó, poniendo sitio en seguida á Constantinopla para vengarse. Acudieron doscientos mil Turcos atraídos al mismo tiempo por el deseo de apoderarse de la ciudad de los Césares, por sus riquezas, por la hermosura de sus mujeres, y por las excitaciones de un derviche que, seguido de

1431. quinientos discípulos (1), se presentó montado en un asno, prometiendo la victoria en nombre del Profeta con quien iba á conversar en el cielo. La solidez de las murallas y el valor de los habitantes, excitado por la aparicion de la Virgen María, consiguieron rechazar á Amurátes. Sin embargo, conquistó á Tesalónica que hacia siete años estaba en poder de los Venecianos, y la abandonó al saqueo, reduciendo siete mil habitantes á la condicion de esclavos de sus soldados; despues, por un súbito arrepentimiento, los rescató, les devolvió sus casas, y trasformó las iglesias en mezquitas, y los monasterios en hospederías de caravanas; esta medida hizo que se conservasen los vestigios de la magnificencia romana. Conquistador feliz, logró tambien sofocar los disturbios domésticos; tres veces renovó la guerra contra su cuñado, príncipe de Caramania, á quien perdonó por amor á su hermana; invadió luego la Hungría y allí se encontró frente á frente con la Cristiandad.

Las instancias de Paleólogo, y el peligro que amenazaba á toda la Cristiandad, principalmente á la Italia, determinaron al papa Eugenio IV á pedir una Cruzada. « Los Turcos (decia) atan » con cuerdas hombres y mujeres que se llevan » consigo; Cristianos, condenados á la servidumbre, van confundidos con el mas vil botín, y son vendidos como acémilas; el padre » es separado de su hijo, el hermano de su » hermana, el marido de su esposa. Asesinan » en los caminos y en medio de las ciudades á » los que por sus años ó por hallarse enfermos » no pueden andar. Sin tener lástima ni si- » quiera de la infancia, dan muerte á inocentes » víctimas que empiezan apenas á vivir, y que » no conociendo aun el temor, se sonrien ante » sus verdugos, en el acto de recibir el golpe » mortal. Toda familia cristiana es obligada á » entregar sus hijos al emperador otomano » como en otro tiempo el pueblo ateniense al monstruo de Creta. Donde quiera que han » penetrado los Turcos, las campiñas han quedado estériles, las ciudades han perdido sus » leyes y su industria, la religion cristiana carece de sacerdotes y de altares, la humanidad » de asistencia y asilos.»

Rogaba, pues, á los príncipes y á los pueblos que acudiesen á socorrer el reino de Chipre, la isla de Ródas, y sobre todo Constantinopla, último baluarte de Occidente; pero el entusiasmo estaba apagado, y los que se habian armado á millones para redimir el Santo Sepulcro, no lo verificaban entónces para defender su patria. Francia é Inglaterra se habian debilitado en sus mutuas guerras; Federico III carecia en Alemania de fuerza y de crédito. Sin embargo, el duque de Borgoña se puso á la cabeza de sus súbditos que se habian armado de su cuenta y

(1) Canano (*Historia bizantina*, Bona, 1838) añade que llevaba aquellos santuchos *ut prædam rapinamque civitatis sibi haberent*.

por impulso propio. Génova y Venecia se reunieron bajo el estandarte de las santas llaves. La Polonia y la Hungría, amenazadas de tan cerca, hubieran debido correr las primeras á las armas; pero estaban divididas y sin disciplina. No obstante, el cardenal Julian Cesarini consiguió sacarlas de su inaccion, mayormente cuando ambas coronas se reunieron en la cabeza de Ladislao I, príncipe deseoso de ilustrarlas con hechos insignes. Tenia por consejero y sosten al gran Juan Huniade, hijo de un padre válcico y de una madre griega, que habiéndose formado en las guerras de Italia, se hizo temible á los Turcos defendiendo la Hungría, y obtuvo el título de vaivoda de Transilvania. Multitud de aventureros franceses y alemanes se agruparon á su alrededor: esperaba que los Cristianos del otro lado del Danubio se sublevarian; el emperador griego se encargaba de custodiar el Bósforo, y marcharia con sus tropas, y ademas otras mercenarias. Juan Huniade alcanzó en efecto dos señaladas victorias; pero habiéndole impedido el invierno llegar á Adrianópolis ó á Constantinopla, se retiró á Buda, donde entró en triunfo con trece bajas, nueve banderas y cuatro mil prisioneros.

Envió Amurátes á pedir la paz, el rescate de los prisioneros, y la evacuacion de la Servia y de la frontera húngara, concluyéndose una tregua de diez años. Cargado entónces de laureles, y aunque en la flor de la edad, se sintió cansado de la vida guerrera, y abdicó en favor de su hijo Mahomet, de edad de catorce años. No reservándose mas que algunas provincias, se retiró á Magnesia á vivir entre devotos ermitaños, á orar con ellos, ayunar y dar vueltas alrededor para recibir la luz del espíritu (1).

Pero el legado Julian Cesarini habia visto con disgusto celebrarse la paz, é informado de que un buen armamento de Pontificios, Flamencos, Venecianos y Genoveses amenazaba á los Turcos, instó al rey Ladislao para que violase el tratado y rompiese de nuevo las hostilidades. Amurátes juzgó entónces necesario volver á empuñar el cetro y la espada, y á la cabeza de sesenta mil valientes, evitando encontrarse con el ejército papal que le aguardaba en el estrecho de Constantinopla, pagó á los Genoveses un ducado por soldado á fin de que le trasladasen á Galipoli: acampado en Varna enfrente de los Cruzados, disminuidos en número y discordes, empeñó la batalla, mandando llevar en la punta de una pica el tratado roto como una apelacion á la justicia del Dios de los Cristianos y de los musulmanes. Los Cristianos llevaron al principio la ventaja, y Amurátes, desesperado, iba á emprender la fuga, cuando un genizaro cogió de la brida á su caballo y le hizo volver;

Batalla de Varna, 1444, 10 de Nov.

(2) « Voltaire admira al filósofo turco: ¿hubiera hecho el mismo elogio de un príncipe cristiano que se hubiese retirado á un monasterio? Voltaire era á su modo hipócrita é intolerante. — Esta nota no es mía, ni pertenece á la época en que era moda racionar; es de un ardiente discípulo de los enciclopedistas, de Gibbon (cap. 67).

entónces, invocando al Cielo y al profeta Jesucristo, para que le ayudasen á vengar la deslealtad, tornó á la carga y consiguió la victoria. Diez mil Cristianos perecieron y mayor número de Turcos. Julian, uno de los hombres mas sabios, pero no de los mas prudentes de su época, permaneció á pié firme en el campo de batalla mientras los demas huían, y murió allí. Observando Amurátes á los que habian sucumbido, exclamó: « ¡Cosa singular! todos » son jóvenes; no hay ni uno que tenga cana » la barba. — Si hubiera habido un anciano » entre ellos, dijo el atabek, los hubiese suadido de su temeraria empresa. » La cabeza de Ladislao, puesta en frente del tratado violado, anunció la victoria en Brusa, y veinticinco coraceros encadenados atestiguaron al soldan de Egipto la fuerza de los vencidos.

En vez de continuar sus triunfos, Amurátes volvió á su delicioso y devoto retiro de Magnesia, á los jardines de tulipanes, donde Temístocles fugitivo habia encontrado un asilo y pan; pero fué arrancado nuevamente de allí por una sublevacion de los genizaros que estalló en Adrianópolis y que el jóven Mahomet no bastaba á reprimir. Poco despues, el grande Huniade, que habia restablecido el órden en Hungría durante la menor edad del nuevo rey sin asustarse por la derrota de Varna, en lugar de limitarse á una guerra defensiva, invadió el imperio turco con el mas hermoso ejército, y el mejor disciplinado que habia salido de Hungría. Adelantóse Amurátes contra él á la cabeza de cincuenta mil hombres y le derrotó en los campos de Mérésia. Huyendo solo al traves de los bosques de la Valaquia, Huniade fué detenido por dos ladrones; pero mientras se disputaban su collar, les arrebató la espada, dió muerte á uno, hizo huir al otro, y volvió sano y salvo á unirse con los suyos, á tiempo todavía para defender á Belgrado contra Mahomet II.

El emperador Manuel, cuyas grandes cualidades fueron cercenadas por la indolencia, dejó varias obras de teología y moral, en las cuales se encuentra un curioso diálogo entre él y un profesor turco, y buenos preceptos para la educacion de un príncipe. Poco ántes de morir habia abdicado la púrpura en favor de su hijo mayor Juan, y dividido luego sus Estados entre sus siete hijos, en cuyo reparto tocó á Juan Constantinopla, á Teodoro Lacedemonia, á Andrónico Tesalónica, á Constantino Mesembria y Selimbria en el Ponto Euxino, á Andres Delminio la Dalmacia, y á Demetrio y Tomas el Peloponeso. Á estas posesiones estaba reducido el imperio romano: Negroponto y Candia pertenecian á los Venecianos, Chio y Lésbos á los Genoveses; la familia Acciajuoli de Florencia era propietaria de un Estado que comprendia la Acaya, la Fócide, la Beocia y Atenas; la familia Toco habia formado otro compuesto de la Acarnania, la Etolia y el Epiro Meridional, pues el Septentrional pertenecia á Castrioto. Despues Constantino, cambiando sus Estados por los de

1448.

17 octa bre.

Manuel.

1449.

Lacedemonia, adquirió allí fuerza, redujo á la condicion de vasallo á Neri Acciajuoli, y edificó en el istmo de Corinto el hexamilon, baluarte rodeado de fosos para separar el Peloponeso de la Hélade.

Ocupados estos príncipes en defenderse y aumentar sus dominios, en nada contribuían á dar vigor y seguridad al imperio. Así, apenas se cifo Juan III la corona, cuando compró la paz á Amurátes, cediéndole todas las ciudades en la costa, excepto Selimbria y Dérkus, sin contar un tributo de treinta mil ducados. Trebisonda, que se habia entregado á los Venecianos, fué tomada por los Turcos en 1430.

Scan-
derbeg.

Levantóse á la sazón un nuevo enemigo contra el poder otomano. En la época de las primeras expediciones de Amurátes á las orillas del Adriático, Juan Castrioto, señor de una parte de la Albania, situada entre las montañas y el mar, se sometió á él, dejándole en rehenes á sus cuatro hijos, que fueron circuncidados y educados en el islamismo. Tres perecieron envenenados ó en el olvido; la notable belleza y el talento del cuarto, llamado Jorge, le atrajeron la benevolencia de Amurátes, que cuidó de su educacion y le dió el título de Scanderbeg, esto es, príncipe Alejandro.

Creció en la muelle y enervante corrupcion del serrallo, ministro ó instrumento de deleites, y sin embargo no olvidó quién era. Cuando murió su padre, sospechando que Amurátes queria arrebatárle su herencia, arrancó al secretario del sultan un firman para que se le consignase la ciudad de Croya, capital del principado de sus abuelos; dió muerte al engañado secretario, huyó, y una vez en posesion de la fortaleza, degolló la guarnicion turca, y lanzó el grito de libertad. Respondieronle el patriotismo y la religion en toda la marcial Albania, y pronto se encontró al frente de doce mil guerreros y dueño de todas las plazas (1). Cuando recobró sus dominios, las contribuciones del Epiro y las ricas salinas del país le produjeron una renta de doscientos mil ducados, que empleó en beneficio público, sin distraer un sueldo para objetos de lujo. Armó un ejército permanente de ocho mil caballos y siete mil infantes, sin contar los aventureros franceses y alemanes, y dotados de grande habilidad en la guerra de escaramuzas, que es la que conviene á los insurrectos, supo equilibrar, á fuerza de arte, el empuje de ejércitos superiores (2).

(1) Sir William Temple, en el *Ensayo sobre las virtudes heroicas*, enumera siete héroes que merecieron la corona sin llevarla; Belisario, Nárses, Gonzalo de Córdoba, Guillermo I de Orange, Alejandro, duque de Parma, Juan Huniade y Scanderbeg. Esta lista podria aumentarse con las historias modernas, principalmente de América, y oponerle otra de los héroes que han ceñido la corona sin merecerla. Scanderbeg, en el concepto de Gibbon, es un traidor despreciable.

(2) La biblioteca del gran duque de Weimar conserva bajo el título de *Libro de Scanderbeg*, un manuscrito muy curioso en pergamino, de 323 hojas, adornadas por ambos lados de figuras hechas con tinta de china. La primera parte representa máquinas é invenciones de guerra, puentes, molinos, marchas, peleas propias del siglo xv; la segunda, ciertamente posterior, ofrece escenas de la vida privada y pública, oficios,

Ali-bajá, enviado contra él al frente de cuarenta mil hombres, fué derrotado; otro general perdió en igual empresa diez mil Turcos, y las invasiones de Huniade dejaron al héroe el tiempo de asegurarse. El mismo Amurátes con seis mil caballos y cuarenta mil genizaros recorrió la Albania, aunque sin mas resultado que la toma de algunos fuertes: sitió á Croya; pero molestado continuamente por las bandas de Scanderbeg, que rechazaba toda proposicion de paz, engañado y lleno de ira, se retiró á Adrianópolis, donde murió. Príncipe alabado por su clemencia, cuando era inútil la crueldad, y por su piedad, que le indujo á propagar la religion con la espada, supo dar siempre la victoria al soldan y el sosiego al ciudadano; edificó por todas partes mezquitas y hospederías de caravanas; regalaba mil monedas de oro cada año á los descendientes del Profeta y dos mil quinientas á las personas piadosas de Medina, de la Mecca y de Jerusalem. Aun cuando estaba en el vigor de la edad, rara vez declaró la guerra sin ser provocado á ello; pensó seriamente en abandonar el poder; y cuando Manuel Paleólogo se dirigió á Roma para reconciliar las dos Iglesias, le prometió no inquietar el reino, y cumplió su palabra.

Sucedió á Amurátes su hijo Mahomet II, de edad de veintinueve años, el mas insigne entre los príncipes otomanos. Léjos de ser pacífico, como su padre, su primer acto fué ahogar á su hermano Amed: musulman lleno de celo y de ambicion, versado en las lenguas griega, latina, caldea, persa, árabe, además de la suya, instruido en historia, geografía, astrología, amaba las artes á pesar de la prohibicion religiosa; fundó escuelas, escribió él mismo libros, y concedió al pintor veneciano Genile Bellini honores y recompensas. Dícese que habiendo pintado este una degollacion de San Juan Bautista, el sultan, para hacerle ver que se habia separado de la verdad, cortó la cabeza á un esclavo en su presencia. Añádase que mandó abrir el vientre á catorce pajes, para descubrir cuál de ellos habia comido un melon, y que reprendiéndole un genizaro la predileccion que mostraba hácia una esclava, ordenó que se derribase inmediatamente la cabeza del objeto de su amor, como señal de que nunca se dejaría dominar por mujeres. Si estos hechos no se hallan bastantemente probados, dan á conocer á lo ménos la opinion que se tenia de su carácter fiero é indómito. No cabe duda de que no le costaba nada derramar sangre; careciendo de piedad en los asuntos de Estado, todo el que se rebelaba debia irremisiblemente morir, y su muerte era la mas atroz, pues consistía en dividirle el cuerpo con una sierra; triunfaba del enemigo mas bien á causa de la superioridad de sus fuerzas que por su inteligencia en el

juegos, enfermedades, fiestas, etc. Dícese que este manuscrito fué regalado á Castriot por Fernando de Aragon. Sea lo que quiera, es importante para el conocimiento de las costumbres.

arte militar; se entregaba con pasion á deleites contrarios á la naturaleza, y corrompia á los jóvenes de la nobleza ántes de llevarlos á los empleos, degollando al que resistia. Tal era el hombre que debia destruir el imperio de Constantino.

En suma, los Otomanos tenian príncipes educados desde la infancia para la guerra y la administracion, y dignos por una feliz casualidad de colocarse al frente de una nacion belicosa. Entre ellos está arraigado el principio de que el déspota mas odioso sea reemplazado por su hijo; método sencillo que evita muchas revoluciones. Así, á fin de que los hermanos no se presenten en clase de competidores, el mismo padre ó el hijo primogénito dan muerte á los demas: costumbre inhumana mas bien que impía, si se atiende á que la santidad de la familia, tal como existe entre nosotros, no puede exigirse en un serrallo de mujeres celosas y de hijos rivales.

El fundamento de la fuerza de los Otomanos existía en los guerreros reclutados entre los pueblos mas vigorosos de Europa, Tracios, Macedonios, Albaneses, Búlgaros, Servios, acostumbrados desde la edad de doce ó catorce años al ejercicio de las armas, los cuales permanecian aislados de los Cristianos y unidos por una especie de fraternidad militar, ajena á los vínculos de familia. Los que se distinguian por el nacimiento ó por el talento, llegaban á ser *adjamoglanos* ó *ichoglanos*; los primeros destinados al servicio del palacio, los segundos al de la persona del príncipe. Aprendian bajo la direccion de eunucos blancos el manejo del caballo y de la javalina: los que mostraban inclinacion al estudio, se dedicaban á la lectura del Corán y á aprender las lenguas árabe y persa, con objeto de ocupar los empleos civiles, militares y eclesiásticos: cuando eran viejos, entraban á formar parte de los cuarenta agáes que acompañaban al emperador, el cual los investia luego con un gobierno y les concedia las mas elevadas dignidades (1). No dominaba, pues, la nacion conquistadora, sino las hechuras del déspota, esclavos en su mayor parte, sin lazos de familia, de amistad, de patria, adictos únicamente al soberano á quien lo debian todo, acostumbrados á la obediencia absoluta, sostenidos tan solo por su mérito personal (2).

(1) MARSIGLI, *Estado militar del imperio otomano*. La Haya, 1732.

(2) Calcondilas, autor griego contemporáneo (lib. VII), describe del modo siguiente las fuerzas de Amurátes: « La Puerta del sultan se compone de seis á diez mil infantes. Los niños robados se envían á Asia dos ó tres años para que aprendan el turco: además se mandan dos ó tres mil á la escuadra de Gallipolis para que se ejerciten en el servicio de mar, dándoles anualmente la espada y el traje; despues los llama á la Puerta, asignándoles un sueldo suficiente para su manutencion, y á algunos les concede mayor paga. Distribuidos por decenas y cincuentenas á las órdenes de oficiales, sirven dos meses en la tienda de estos. Forman en torno del sultan el estrecho recinto donde no pueden levantarse otras tiendas que las de los príncipes, la del tesoro y la de la cámara. El sultan tiene una ó dos tiendas rojas, cubiertas de fieltro rojo y doradas. En el círculo de los genizaros hay quince tiendas, y fuera están los

¿Qué podian oponer los Bizantinos á semejante disciplina? El fuego griego era un misterio para los que le habian dado el nombre; el uso de la pólvora habia pasado pronto á los Turcos, y se acusa á los Genoveses de haber fundido los cañones de Amurátes, añadiéndose que le enseñaron á servirse de ellos contra murallas destinadas solamente á resistir al choque de las catapultas; así como los Venecianos los llevaron á los soldanes de Egipto y de Persia, sus aliados contra los Otomanos. No quedaba, pues, á los Griegos mas esperanza que el apoyo de los Latinos, y siempre estaban reclamando un socorro y proponiendo un concilio y la union; pero los Latinos creían superfluo el concilio, tratándose de materias ya definidas, y querian que el socorro fuese el espontáneo premio de la union, que prometida veinte veces cuando apremiaba el peligro, habia sido eludida otras tantas por la astucia y la mala fe.

Juan III volvió tambien los ojos á los Latinos, y en naves pontificias se trasladó con el patriarca José á Italia, donde fué acogido y servido decorosamente, como para tributar los últimos honores al moribundo representante de la antigua majestad cesárea. Llevó consigo prelados, cantores, monjes, filósofos y á los patriarcas ó sus delegados, desplegando un lujo que contrastaba con su miseria, pues el papa habia tenido que anticiparle los gastos. En Venecia se le tributó la mayor veneracion, no mostrándose recelosa de ello la libertad, porque no expresaba un homenaje, y porque los despojos de Constantinopla que allí se ostentaban decian con harta elocuencia quién era mas poderoso, si el monarca sentado en el trono en la popa de la nave capitana, ó el dux y los senadores que le besaban los piés. En Ferrara se le recibió con las mismas ceremonias que los antiguos emperadores, y obtuvo todas las

demas hombres de la Puerta, caballerizos, coperos, alféreces, visires, mensajeros, y como cada uno lleva en su comitiva muchos servidores, el ejército es muy numeroso. Además de los genizaros, posee la Puerta trescientos jinetes elegidos en sus filas, llamados *sitabros* y los *gharibo*, extranjeros procedentes de Asia, Egipto y África, con un sueldo mas ó ménos grande. Siguen ochocientos mercenarios ó *ulufegos*, y doscientos *sipahi*, hijos de nobles. El órden de la Puerta es este: el mando supremo pertenece á los bajáes de Romilia y Anatolia, á quienes el ejército sigue adonde quiere el sultan: con ellos están los *sanyacos*, que obtienen del sultan banderas y el gobierno de varias ciudades, cuyos guerreros y magistrados los acompañan al campo. Véase ahora el órden que se observa en el campo: los caballos están divididos en escuadrones; los *azabos* pelean á las órdenes de un solo capitán (*libro V*). Hay en el campo, además de los *sitakscoros* ó siervos de armas, muchos *azabos* que se llaman *akkiam*, gente de á pie destinada á allanar los caminos y á ejecutar otros servicios. El campo está perfectamente dispuesto, tanto en el órden de las tiendas como en la abundancia de los víveres, pues cada uno de los grandes que acompañan al sultan, lleva consigo muchas acémilas; algunos tienen camellos cargados de armas y de trigo para los soldados, y de cebada para las acémilas; otros llevan en su comitiva caballos y mulas, de lo que resulta que hay doble número de animales que de soldados. El sultan es seguido además de una turba, destinada únicamente á proporcionar víveres al ejército. Si hay penuria, estos se dividen entre los mejores soldados. Hay diez mil tiendas en el campo, pero mas ó ménos segun lo exija la expedicion. »